HOTEL WINTERHOUSE



BEN GUTERSON con ilustraciones de CHLOE BRISTOL

Traducción de Marcelo E. Mazzanti

laGalera

A mi madre y mi padre





Luando Elizabeth Somers abrió la puerta del jardín de sus tíos y vio un sobre pegado con celo en la entrada de la desvencijada casa que compartía con ellos, supo que se trataba de malas noticias. Los escalones del porche, que su tío Burlap nunca limpiaba, estaban cubiertos de nieve y hielo, por lo que subió con cuidado, dejó en el suelo la mochila del colegio y se retiró la capucha con una sacudida húmeda. Mientras arrancaba y abría el sobre se imaginó bastante bien lo que diría la nota contenida en su interior.

Te avisamos varias veces de que nos íbamos a ir de vacaciones durante tres semanas y que tú no ibas a quedarte sola mientras no estuviésemos, así que no te habrá sorprendido encontrar esta carta. La casa está cerrada a cal y canto. En este sobre hay un billete para el tren de las 6:20 al norte. Cógelo, y, cuando te bajes por la mañana en Sternhaven, habrá un billete esperándote en la parada de autocares. Coge el que lleva hasta el hotel Winterhouse; te estarán esperando. Aquí tienes tres dólares por si necesitas algo durante el viaje. Después de Año Nuevo recibirás otro billete para volver. No metas en líos a nadie. ¡Nada de tus tonterías!

Elizabeth estudió el billete de tren. Las 6:20 era dentro de tres horas: las primeras tres horas de sus veinticuatro días de vacaciones. Y, tal como le habían prometido, después de dos semanas dedicándole discursos sobre su partida durante las Navidades y de cómo a ella iban a mandarla a algún otro lugar, su tía y su tío se habían ido de verdad. Miró la calle a través de sus gafas empañadas; empezaba a caer aún más nieve.

Del pomo colgaba una bolsa de plástico de la compra. Elizabeth miró dentro y vio tres de sus camisas, dos pares de calcetines, unos pantalones y ropa interior. Examinó los tres manoseados billetes de un dólar que le habían dejado y se imaginó a la tía Purdy sacándolos de su apretujado monedero con sus finos dedos y alisándolos para meterlos con poco convencimiento en el sobre. En la imaginación de Elizabeth, el tío Burlap estaba al lado de su esposa y contemplaba dubitativo el dinero, como si hasta esa cantidad fuera demasiado. La imagen se desvaneció de su mente como el vapor de su aliento en el aire helado.



Leyó la nota otra vez. La guardó en el bolsillo de su chaqueta con el dinero y el billete y abrió la cremallera de la mochila. Del fondo, debajo de los cuatro libros de bolsillo que la bibliotecaria del colegio le había permitido llevarse para las vacaciones de Navidad y de su propio ejemplar de *Ana de las tejas verdes*, cogió un bolígrafo y una pequeña libreta con una espiral en el borde superior, de tapas verdes y llena de marcas de arrugas, como la que usaría un camarero para tomar nota en un restaurante. La abrió, y en la quinta página —la entrada cuarenta y tres de su lista de *Razones por las que no me caen bien mis tíos*— escribió: «Porque me han enviado por Navidad a un hotel en mitad de ninguna parte, sin dinero y apenas ropa».

Devolvió la libreta a la mochila, añadió la bolsa de plástico y volvió a cerrar la cremallera. Iba a irse, pero se quedó contemplando la tira de celo con la que habían pegado el sobre. El aliento se elevaba con dificultad de su pecho y los ojos se le humedecieron. Sin ni darse cuenta de lo que hacía, golpeó una palma abierta contra la puerta contrachapada. El ruido, seco y sonoro como el de un libro tirado contra un suelo de madera, la sobresaltó y le hizo pensar que se había excedido. Miró a su alrededor por si alguien la había visto, pero todo estaba en silencio, una calle vacía en la creciente oscuridad, la nieve que caía cada vez más fuerte. Suspiró y cogió la mochila de nuevo.

«Ojalá pudieran volver mis padres», pensó.

Y entonces, como no tenía ninguna amiga a la que pudiera pedirle quedarse en su casa durante tres semanas y como le sería imposible evitar la ira de sus tíos si no seguía sus instrucciones, se volvió y se dispuso a caminar los dos kilómetros hasta la estación y esperar el tren de las 6:20 a Sternhaven. Se llevó la mochila al hombro, volvió sobre sus pasos hasta la puerta de la verja y salió a la acera. Entonces la embargó *la sensación*. Se quedó como paralizada, los ojos abiertos de par en par, y se preguntó qué iba a suceder esta vez. El corazón le empezó a latir a toda velocidad. Todo estaba en silencio, y de repente oyó tras ella un fuerte estruendo.



UNOS PASAJEROS MUY RAROS RATOS RATAS RABAS RABIA

Plizabeth tuvo aquella sensación de cuando estás segura de que va a pasar algo, bueno o malo, divertido o nada divertido. No sabía por qué tenía esa certeza cada vez que la embargaba la sensación; ni siquiera por qué le venía la sensación misma. Solo sabía que había empezado el verano anterior y era cada vez más frecuente a medida que se acercaba el invierno. Lo más extraño era que lo que pasaba no parecía tener causa o explicación; cosas como que se cayese un libro de una estantería cercana, o un vaso en la pila de la cocina, o que su bandeja resbalara de la mesa mientras ella se comía el puré en el comedor del colegio. Lo único que sabía era que, justo antes de cada uno de los incidentes, sentía una especie de aleteo en el estómago que le hacía estar segura de que algo iba

a suceder. Fue por eso que, cuando ahora le vino *la sensación* estando en la acera nevada, no le sorprendió oír un ruido a su espalda.

Se volvió y vio que la puerta de la verja, que no había tocado y que era imposible que se hubiese cerrado sola, acababa de hacer justo eso. Se sintió aliviada. Comparado con la rotura de un plato o un libro que cae al suelo, aquello era inofensivo. Aun así, y aunque ya casi habían dejado de sobresaltarla los extraños golpes y caídas, deseaba comprender por qué sucedían o por qué la embargaba *la sensación*.

Volvió a mirar los alrededores a ver si alguien había oído el ruido de la puerta, pero no vio a nadie. Con un profundo suspiro y un último vistazo a la casa de sus tíos, se echó a caminar hacia la estación.

Al día siguiente, mientras empezaba a amanecer tras el viaje de toda la noche en tren y cinco horas de espera en la parada, Elizabeth se sentó en el autocar y miró como caía la nieve al otro lado de la ventanilla enmarcada en hielo. Apenas había comido medio sándwich de manteca de cacahuete que le había quedado del almuerzo del día anterior, pipas y pasas que había comprado por 1,35 dólares en la estación y una chocolatina que había encontrado en el revistero de su asiento del tren. Se esforzaba por evitar ideas deprimentes: la carretera la conducía a un destino en la montaña donde iba a pasar las vacaciones de Navidad en un hotel que, se imaginaba, sería un cruce entre residencia de ancianos y aquel lugar adonde se

llevaban a los niños en *La brújula dorada*, uno de sus libros preferidos. Llevaba siete años esperando que alguien la rescatase de sus tíos, desde que la habían mandado a vivir con ellos. Pero tres semanas en el hotel Winterhouse no parecían tanto buena suerte como un ingenioso castigo tramado por ellos. Ahora Elizabeth tenía once años, y aparte de que había estado esperando la obra que interpretaban cada 21 de diciembre en el centro comunitario cerca del colegio, también estaba lo de los cuatro libros de la biblioteca que hubiese deseado leer en la tranquilidad de su habitación. Después de que sus tíos le dijesen lo de su viaje, ella les había rogado que le permitieran quedarse sola aquellas vacaciones, insistiéndoles en que era lo bastante mayor como para cuidar de sí misma. Ahora se daba cuenta de que en ningún momento había tenido la menor posibilidad de que aceptasen.

Una cosa que se preguntaba desde el mismo momento en que leyó la nota de sus tíos era cómo habían podido permitirse pagar el billete de tren, por no hablar de la estancia de tres semanas en un hotel. Ya hacía al menos un par de años que sabía que sus tíos eran pobres. El tío Burlap se dedicaba a intentar encontrar a los destinatarios de las cartas con la dirección equivocada en el despacho del fondo de la oficina de correos de Drere, el pueblecito a las afueras del cual vivían. Por su parte, la tía Purdy se dedicaba durante cinco días a la semana a patrullar las carreteras mojadas que rodeaban Drere recogiendo latas de aluminio, que una vez al mes ella y tío Burlap entregaban por una pequeña cantidad de dinero cuando iban en coche a la ciudad de Smelterville, a media hora al sur; a veces llevaban a Elizabeth. Era lo más lejos de

Drere que ella recordaba haber llegado. Ahora, sentada en el autocar y pensando en ello, parecía imposible el que hubiesen podido permitirse enviarla en un viaje como aquel.



El traqueteante autocar rojo y blanco iba medio vacío, tras siete paradas en su trayecto hacia el norte desde la estación de tren. Elizabeth estaba sentada en un asiento mullido con un cómodo reposacabezas, intentando solucionar el crucigrama de un diario que alguien se había dejado en el compartimiento para maletas de encima. Los crucigramas se le daban bien. La verdad era que le sucedía con toda clase de pasatiempos: sopas de letras, el ahorcado, los acrósticos, los criptogramas... cualquier cosa con palabras. Le gustaban especialmente los anagramas, y ya había reordenado mentalmente el cartel del frontal del autocar: de Transportes Fred De Taniels a *Faltan tres trenes perdidos*.

En la octava parada se subió una mujer oronda con hoyuelos muy marcados y un grueso abrigo de lana. Se detuvo junto a Elizabeth y señaló con brusquedad el asiento vacío a su lado.

- —¿Está ocupado? —le preguntó, en un tono que recordó a la niña el de la tía Purdy. Aunque estaba hambrienta, cansada y seguía un poco molesta por la nota que le habían dejado sus tíos, dedicó una sonrisa amable a la mujer.
- —Está vacío. Si quiere ocuparlo, por mí encantada —dijo, porque siempre intentaba hablar a los adultos como le gustaría que estos le hablaran a ella.

La mujer alzó las cejas y se encajó en el asiento, moviendo los hombros adelante y atrás para acomodarse. Resopló y miró a Elizabeth como si le sorprendiera que siguiese allí.

—Bonito *mackinaw* el que lleva —comentó la niña, decidida a hacer un último intento por ser amable, y también un poco contenta por poder mencionar el tipo de abrigo de la mujer por su nombre, que recordaba de cuando había leído *Mary Poppins*.

Esta bajó la barbilla y se contempló la gastada prenda verde y amarilla como si buscara una mancha de sopa. Volvió a mirar a la niña y le dijo secamente:

—¿Eso es alguna especie de nombre fino para mi abrigo? Elizabeth se sintió como siempre que la tía Purdy le decía algo cortante, y decidió que se había equivocado al invitar a la mujer a sentarse a su lado.

—No —contestó—. Quería decir *maquillaje*. A veces confundo las dos palabras. —Y volvió a concentrarse en el crucigrama.

Cinco minutos más tarde, después de que el autocar se pusiera en marcha de nuevo, la mujer le preguntó:

- —¿Y adónde va sola una niña pequeña como tú?
- —Al hotel Winterhouse —respondió ella, sin darle importancia. Siguió con el crucigrama, y entonces recordó el folleto que la tía Purdy había dejado sobre la mesa de la cocina la semana anterior, por error. La única foto que pudo ver Elizabeth mostraba a un grupo de ancianos con lo que parecían medias largas y sombreritos de fiesta. ¡Conciertos nocturnos del elegante Coro Winterhouse!, anunciaba el texto. ¡Festivos manjares servidos en nuestro igualmente festivo

Salón de Invierno! ¡Conferencias de oradores de renombre sobre los temas más destacados! ¡Vistas al precioso lago Luna!

—Un gran hotel —dijo la mujer de los hoyuelos; la mención del lugar pareció relajar el ambiente—. Siempre he querido visitarlo. Eres una niña muy afortunada.

Elizabeth miró más allá de la mujer, a una familia sentada dos filas por delante, al otro lado del pasillo. Llevaba un par de horas dirigiéndoles miraditas furtivas; había visto como el padre cogía de la mano a su hija, una niña que parecía de la misma edad que ella, y le señalaba cosas que pasaban al otro lado de la ventanilla, bajo la nieve que caía. También vio que a la madre no pareció importarle cuando el niño a su lado se quedó dormido en su regazo; de hecho, su expresión era feliz mientras le acariciaba la mejilla y le ajustaba la chaqueta para abrigarle el cuello.

- —Sí —repitió la mujer del *mackinaw*—, eres una niña muy afortunada.
- —Supongo —contestó ella, sin mucha decisión. Ojalá pudiera ir a sentarse con la familia del otro lado del pasillo.
- —Pues entonces alégrate por otra cosa —replicó la mujer, volviendo al tono molesto—. Al menos este autocar es bastante cómodo.

Era cierto, y a Elizabeth ya se le había ocurrido antes. Había tomado nota mental de añadir *Ir en autocares cómodos* a la lista de su libreta bajo el título *Cosas que ahora me sorprende que me gusten*. Era toda una experta en hacer listas y tenía montones de ellas, tanto en la libreta que llevaba ahora consigo como en otras más antiguas que escondía bajo el colchón de su cama. Algunas de estas eran: *Cosas que la tía*

Purdy dice que son verdad pero no lo son, Lagos que quiero visitar algún día, Peinados que no me gustan, Animales peligrosos que tengo pensado ver en su entorno, Sopas y estofados preferidos, Peores faltas gramaticales de la señora Thorngrack durante el primer semestre, Cosas que hace la gente cuando cree que nadie la mira, Cosas que dice tío Burlap y que no tienen ningún sentido y Gente famosa a la que voy a escribir cartas antes de cumplir trece años.

Se alisó el jersey.

—Yo voy en autobús al colegio —dijo sin emoción. Volvió a pensar en que la mujer tenía una voz parecida a la de la tía Purdy. No había acabado el crucigrama, que era difícil pero no demasiado, así que se concentró en este.

No pasaron ni cinco minutos más cuando, mientras buscaba la solución para la trece horizontal, una palabra de siete letras que significaba *conducir*, la mujer a su lado señaló al crucigrama y dijo:

—Creo que esa es *pilotar*. Como por ejemplo pilotar un avión. —Sonrió; parecía que acabara de darle el biberón a un bebé al que deseara calmar.

Elizabeth apretó los dedos alrededor de su lápiz y replicó:

—Yo creo que es *dirigir*. —A veces, mientras intentaba solucionar un pasatiempo, sentía que las palabras aparecían por sí solas en su mente; que ella solo tenía que estudiar la lista, el cuadro o la tabla el tiempo necesario hasta que la respuesta se presentase ante ella.

Mientras la mujer miraba, Elizabeth resolvió dos palabras que se cruzaban con la trece horizontal y que sin duda hacían que *dirigir* fuese la única respuesta posible. La mujer intentó mantener la sonrisa, pero se notaba que le costaba un cierto esfuerzo.

- —Normalmente soy muy buena con las palabras —dijo. Se acomodó el abrigo y examinó de nuevo el crucigrama entornando los ojos, como si Elizabeth se hubiera dejado algún detalle crucial.
- —Yo también —señaló Elizabeth con seguridad—. ¿Sabía que *Navidad* tiene las mismas letras que *vanidad*? —Eso se lo había mostrado a la clase un profesor del colegio, y a ella le había parecido divertido—. ¿O que *parte* se puede convertir en *trepa*? —Dobló el diario y miró por la ventanilla. Estaba oscureciendo.

La mujer suspiró y ya no dijo nada más. Se bajó en la siguiente parada, y Elizabeth se quedó de nuevo a solas.

Poco después se ajustó la chaqueta de lana, encendió la pequeña lamparilla encima de su asiento y empezó a leer un libro, o, en este caso, releerlo, porque iba por la mitad de *Ana de las tejas verdes*, su preferido, que ya había leído cuatro veces antes. Tenía muy avanzado un capítulo cuando sintió que alguien la miraba. Se levantó las gafas por el puente y se volvió; vio a un hombre de unos cuarenta años vestido con un pesado abrigo negro sobre un traje y corbata perfectamente planchados, que miraba en su dirección desde el fondo del autocar, unas filas más atrás. A su lado había una mujer también vestida de negro: chaqueta negra de lana, chal negro, botas negras y un pañuelo negro anudado a la cabeza; su pelo también era negro, pero Elizabeth no podía verle la cara porque estaba dormida sobre el hombro de él.

Pareció como si el hombre hubiese estado esperando a que

Elizabeth lo mirara. Tenía el pelo liso y peinado hacia atrás, con un estilo que ella asociaba a los hombres de las películas antiguas de Hollywood, y aunque parecía elegante y refinado con su traje negro, le devolvía la mirada con ojos fríos e inquisitivos. Por fin fue él quien apartó la vista. Ella volvió a su libro, pero diez minutos más tarde tuvo una extraña sensación, volvió a mirar atrás y vio que el hombre la contemplaba de nuevo; la mujer a su lado seguía durmiendo.

—¿Quiere decirme algo? —le preguntó al hombre. No concebía que nadie le prestara atención; era bajita para su edad y llevaba unas gruesas gafas que la avergonzaban pero que, según sus tíos, eran el único modelo que se habían podido permitir. De cabellos morenos, con un rostro tan delicado que parecía ser de las que se sobresaltan al oír un trueno (aunque la verdad era que le encantaban los truenos), Elizabeth Somers no podía destacar menos. Solo cuando se enfadaba o estaba frustrada y apretaba los labios o fruncía el ceño con tal fuerza que aparecía una profunda arruga donde sus cejas casi se tocaban, parecía tener algo de carácter. Últimamente se sentía a menudo enfadada y frustrada, sobre todo por causa de sus tíos.

El hombre se atusó el bigote con los dedos índice y pulgar y dijo:

—Lo siento. Me has recordado a alguien, eso es todo. Perdona las molestias. —Asintió, le dirigió una mínima sonrisa y apartó la mirada. De repente, la mujer a su lado levantó la vista y observó a Elizabeth con ojos aún más negros y fríos que los de él. Tras unos segundos le susurró algo al hombre y volvió a mirar a Elizabeth. Fue una situación extraña e

inesperada, como si la mujer hubiese tenido que compartir un secreto con su compañero en aquel preciso momento, y Elizabeth notó que se sentía incómoda. Y más porque la mujer seguía observándola sin apartar la vista y ni tan siquiera parpadear. Parecía de esa gente que, si por casualidad una nota que la miran, mantienen la mirada solo por molestar. Pero ¿qué le había susurrado al hombre?

Quiso dejar de contemplar a la mujer, pero la mirada de esta era tan penetrante, tan fuera de lo normal, que no consiguió moverse. Sus ojos parecían penetrar los de Elizabeth. Pasaron largos segundos; la tensión era tan fuerte que la niña casi sintió como si se le fueran a romper las gafas. Era imposible mirar a otro lado.

